

Dibujo del arquitecto R. Fernández Balbuena.

ARQUITECTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

Los trabajos del pensionado Sr. Fernández Balbuena

En repetidas ocasiones hemos hablado en estas páginas de la falta de dirección artística de la enseñanza de la arquitectura en España. Pasan los alumnos por nuestras escuelas huérfanos de toda tutela inteligente capaz de orientarles en un camino fecundo, sin limitar su personalidad. Ello se debe, sobre todo, a la carencia de fervor pedagógico de los profesores, para la mayoría de los cuales una cátedra es un descansado y seguro puesto burocrático que dura lo que la existencia y cuyos emolumentos van aumentando con sólo dejarse vivir. No influye menos en esa falta de dirección el régimen interno de dichas escuelas, en las que cada profesor explica su disciplina con absoluta independencia de los restantes, sin que haya la impres-

cindible coordinación y acuerdo de gentes que, proponiéndose un mismo fin, deberían trabajar en íntimo contacto, cosa exigida en toda enseñanza, y muy imperativamente en la de la arquitectura.

Faltan también entre nosotros arquitectos ya formados, personalidades vigorosas y sugestivas dotadas de condiciones catequistas, en torno de las cuales un grupo de gentes de espíritu joven pudiera agruparse con el noble intento de dar una orientación común a la anárquica arquitectura actual. Grandes esfuerzos de excelente dirección mueren así sin consecuencia alguna, y nuestras poblaciones son muestrarios de edificios de las más diversas formas y cataduras, en los que falta por completo una relativa unidad, capaz de formar un conjunto urbano armónico que no sea como revuelto muestrario de edificaciones de todos los tipos.

Ello relacionase además con el arte de la urbanización, y día llegará en el que las imposiciones de las ordenanzas municipales sobre altura de los edificios, salubridad, etc., alcancen, como ocurre en algunas poblaciones del extranjero, a su aspecto artístico, y se prohíba interrumpir la perspectiva de una calle con una construcción que desarmonice de los edificios inmediatos. Como toda prohibición que coarte la libertad artística, será odiosa, y para que no se nos imponga fatalmente como necesidad estética de un momento más avanzado de civilización, deberíamos pensar, al trazar nuestros proyectos, en el ambiente en que se van a realizar y en los edificios cercanos con los cuales formarán un conjunto inseparable.

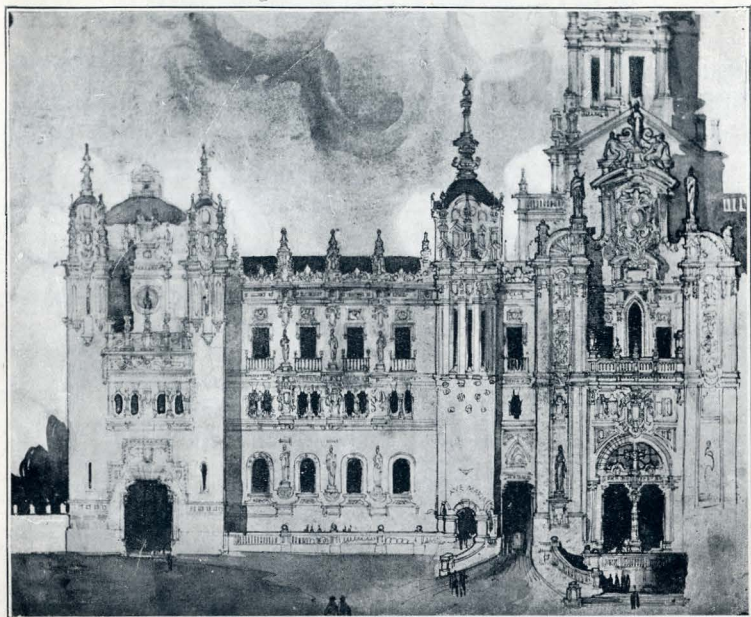
Las personalidades más acusadas de nuestra joven arquitectura puede, pues, decirse que se han formado a sí mismas, con absoluta libertad, sin que en sus primeros pasos se vea la influencia de maestro alguno.

Tal es la impresión primera que nos producen los trabajos de los dos últimos años de pensionado de la Academia de Bellas Artes de España en Roma del arquitecto D. Roberto Fernández Balbuena, expuestos hace poco tiempo en uno de los patios del Ministerio de Estado. A través de una serie de proyectos, croquis y dibujos hechos en Madrid, Roma, Nueva York y París, podíamos seguir la evolución interesantísima de un arquitecto dotado de extraordinario temperamento artístico, aguda sensibilidad, gran inteligencia y no escasa cultura.

Era cronológicamente el primer trabajo expuesto un croquis de Palacio arzobispal, obra de los años de Escuela. Inspirase en monumentos renacentes y barrocos españoles, y vese en él abundante fantasía, dominio grande del dibujo, afición por la suntuosidad decorativa y por el aspecto pintoresco, características de los edificios de esas épocas. El croquis del Sr. Fernández Balbuena no es un *pastiche* más en el que figuren elementos de otras construcciones, sino verdadera creación artística. De haber seguido su autor cultivando los recuerdos de nuestra historia arquitectónica de los siglos XVI al XVIII, esperábase, dadas sus condiciones, grandes éxitos, el aplauso público y, como consecuencia, provecho económico considerable.

En Roma, primera etapa de su pensión, Fernández Balbuena va contrastando su visión de una arquitectura pintoresca, de rica fantasía, abundante en pináculos y siluetas movidas, con los edificios consagrados. Por éstos siente escasa admiración, y más que los grandes conjuntos monumentales, interésale algunas construcciones del renacimiento y la arquitectura popular de los pequeños pueblos de Italia. En

ARQUITECTURA ESPAÑOLA CONTEMPORANEA



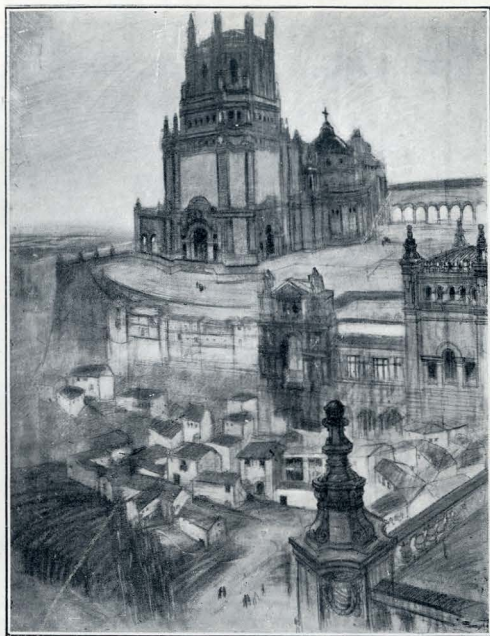
CROQUIS DE UN PALACIO ARZOBISPAL.

Arquitecto: R. Fernández Balbuena.



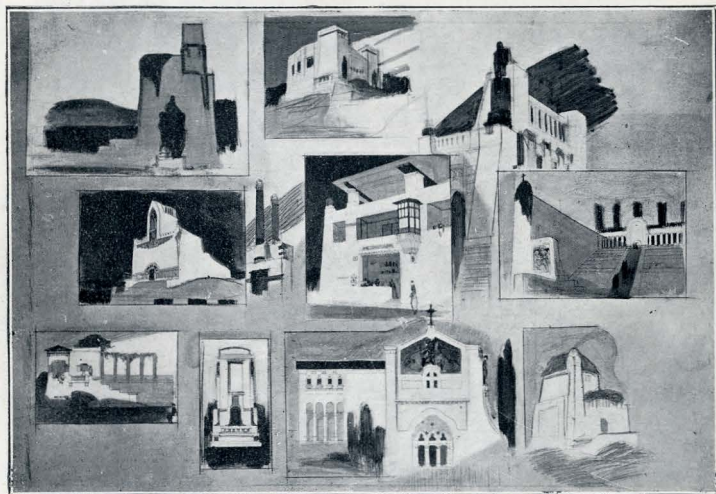
PROYECTO DE ACADEMIA DE BELLAS ARTES EN ROMA.

Arquitecto: R. Fernández Balbuena.



CROQUIS.

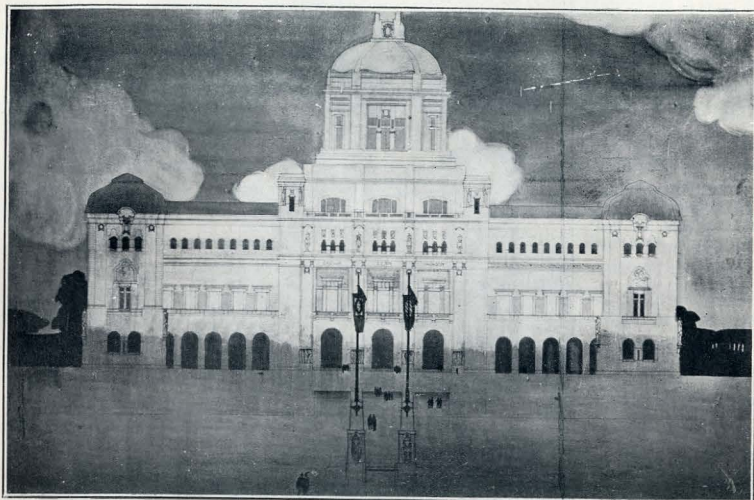
Arquitecto: R. Fernández Balbuena.



APUNTES Y CROQUIS.

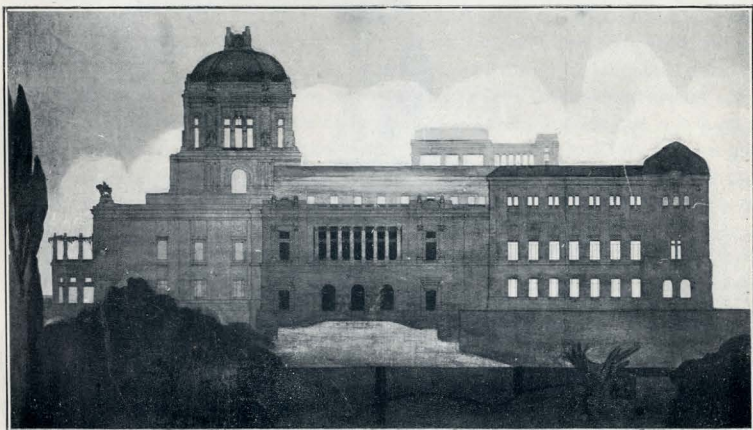
Arquitecto: R. Fernández Balbuena.

ARQUITECTURA ESPAÑOLA CONTEMPORANEA



PROYECTO DE PALACIO REAL EN UNA ISLA.
FACHADA PRINCIPAL.

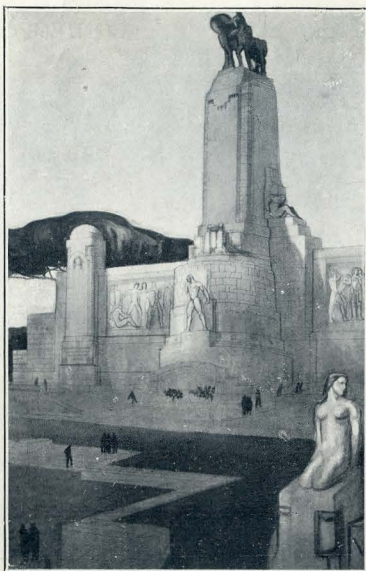
Arquitecto: R. Fernández Balbuena.



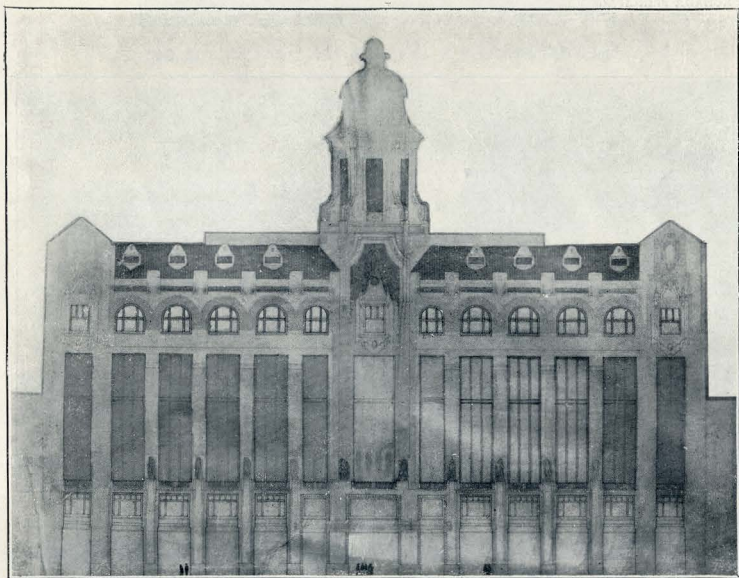
PROYECTO DE PALACIO REAL EN UNA ISLA.
FACHADA LATERAL.

Arquitecto: R. Fernández Balbuena.

PROYECTO DE MONU-
MENTO INMEDIATO AL
PALACIO REAL EN UNA
ISLA.



Arquitecto: R. Fernán-
dez Balbuena.



PROYECTO DE EDIFICIO COMERCIAL.—FACHADA.

Fot. Llado.
Arquitecto: R. Fernández Balbuena.

tonces hace el proyecto de Academia de Bellas Artes en Roma, en el que aparecen por última vez y ya mucho más apagadas, las sugerencias de la época escolar. Su silueta tiene aún reminiscencias de edificios españoles; pero aspirase ya en él a una monumentalidad de grandes planos, e iniciase la sobriedad decorativa, que se irá acentuando en los proyectos posteriores.

El de Palacio real en una isla, que figuró en Exposición anterior, marca la emancipación completa de la fácil tendencia a envolver las formas en una superabundancia de adornos y decoración. Este edificio, tan sobrio comparado con el croquis de Palacio arzobispal, señala la aspiración de su autor por lograr una arquitectura monumental y severa, sin arqueologías ni preocupaciones nacionalistas. Tal vez en ello influyó no poco la contemplación de la antigua arquitectura italiana.

Una de las últimas etapas de pensionado del Sr. Fernández Balbuena fué la de Nueva York. En la gran ciudad moderna percibió su aguda sensibilidad la belleza del esfuerzo, siempre en tensión; la aceleración vital, superándose continuamente, mientras que las formas artísticas, de más lenta evolución que la vida, luchan por despojarse del lastre histórico. Si algo ha creado en arquitectura nuestra época es, indudablemente, el rascacielo, obra inseparable de la gran ciudad, de su ambiente de vida agitada y de circulación rapidísima, intransportable por ahora a nuestras poblaciones, donde conviértese no más que en ridícula parodia.

De los Estados Unidos volvió a París Fernández Balbuena más fuerte en su última tendencia sintética, cada vez más convencido de que la arquitectura moderna ha de apartarse de los recuerdos del pasado y buscar sobriamente en la proporción y en la disposición de las masas su lenguaje futuro. La elección de proyecto para el último envío de pensionado — un edificio comercial —, tal vez haya escandalizado a gentes que piensan que hay temas y programas de arquitectura artísticos y otros que no lo son, y que un monumento a cualquiera de nuestras glorias nacionales será de superior categoría estética que un bazar. Fernández Balbuena huyó, pues, de los temas de aparato, adoptando uno modernísimo, y lo trató también con un gran sentido de modernidad. Se podía estar o no conforme con la tendencia del proyecto, pero lo que no cabía negar es que estaba estudiado. En su presentación, muy sencilla, prescindióse de toda clase de accesorios pintorescos a los que nos hemos acostumbrado tanto en estos últimos años de proyectos de exposición, para los que frecuentemente los arquitectos recurrían a pintores, acuarelistas y escultores con objeto de sugestionarnos, haciéndonos creer en la existencia de una arquitectura en donde reinaba el vacío.

Entre estos proyectos rápidamente reseñados figuraba un gran número de croquis, apuntes y notas de color, que tenían, ha dicho D. Francisco Alcántara, «la cambiante verbosidad de una conversación animada, de un desfile de notas pictóricas o de improvisaciones literarias», parte tal vez la más interesante de la Exposición.

Más que en los estudios grandes veíase en ellos el temperamento de este arquitecto y sus aficiones a través de los países por los que pasó. Abocetadas, con una gran soltura de dibujo, había allí tal riqueza de ideas arquitectónicas, que hubieran bastado para nutrir durante el resto de su vida la labor de bastantes de nuestros

arquitectos consagrados. La personalidad de Fernández Balbuena destacábase fuertemente en esos apuntes, y prueba de ello la daban los dibujos hechos delante de algún monumento, verdaderas interpretaciones más que copias, como el que se publica al comienzo de este artículo, y que es una rápida traducción al lenguaje moderno de la iglesia de los Santos Juanes de Valencia.

La indignación de algunos arquitectos ante los trabajos de este pensionado — las generaciones jóvenes vieron en cambio en ellos algo de su propio espíritu — era difícil de explicar. No presentaban grandes audacias ni atrevimientos antiacadémicos; ninguno de aquellos croquis y proyectos era obra revolucionaria de arquitectura.

La repulsa sólo puede explicarse por la sinceridad con que el Sr. Fernández Balbuena presentaba al público sus estudios y proyectos, sinceridad a la que no estamos acostumbrados y que para muchos es condimento demasiado fuerte. En toda aquella labor no se veía preocupación alguna por el juicio ni por las calificaciones académicas; se había hecho por el autor para sí propio, como estudios, ensayos y trabajos que ayudasen a la formación de su personalidad, sin pensar para nada en la exposición ni en el jurado.

Hasta ahora casi todas las pensiones de arquitectura en Roma producían una serie de trabajos de gabinete solemnes y teatrales, hechos por y para el éxito: jurados, exposiciones y público. Daban la impresión — sin entrar a analizarlos íntimamente — de ser obra de gentes que encontraron desde el primer momento su camino y que lo seguían sin titubeos ni vacilaciones; prescindiendo de las copias de monumentos antiguos, podían haberse hecho lo mismo en Madrid que en Roma u otra ciudad cualquiera. En la labor expuesta de Fernández Balbuena — y creemos que los pensionados futuros seguirán, afortunadamente, el mismo camino — vemos el carácter verdadero de lo que es una pensión, es decir, una labor de estudio, de análisis, de inquietud artística, de reacción personal ante los distintos medios en los que se ha vivido. Y esas son las características fundamentales de los trabajos de este pensionado, trabajos que no han podido ser hechos más que en su tránsito por las ciudades recorridas, pues son fruto de la reacción de la sensibilidad del autor en tan diversos medios. A los que criticaban sus estudios viendo en ellos una gran desorientación — y dicho queda que nuestra impresión es completamente contraria —, pudo preguntar este joven arquitecto que con qué fuerte disciplina constructiva se le había enviado a Roma, cuál era la intensa preparación escolar que le dispuso para orientarse por entre tan diversas arquitecturas.

De Fernández Balbuena podía decirse como de tantos españoles dotados de condiciones superlativas y abandonados por completo a sí propios, las palabras del antiguo cantor del poema del Cid: «Dios, que buen vasallo, si oviesse buen señore!»

T.